Título: Ironías

Cantaba Bob Dylan cuando aún había memorias de núcleos de ferrita: "El que se interponga en el camino puede salir herido, porque los tiempos están cambiando". Un día, Rosa, que trabajaba desarrollando transacciones para el *mainframe* de un gran banco, oyó el equivalente informático de esta canción y le entró el miedo. Le dijeron que **COBOL**, el lenguaje en que ella había nacido y en el que desarrollaba la totalidad de su trabajo, estaba en vías de extinción. Se lo decían sus amigos y lo leía en las revistas: abandona el barco o dedícate a repartir pizzas.

Esto ocurrió durante el reinado de Alfonso XII o así, no estoy muy seguro porque ando pez de Prehistoria; en todo caso hace más tiempo del recordable, por la era en que los diskettes de ocho pulgadas eran la revolución de los medios de almacenamiento.

Las amenazas de desaparición no han dejado de caer sobre **COBOL** desde entonces. Rosa, con los años, se ha hecho toda una gurú en el Centro de Proceso de Datos. Tanto ella como el resto de personas de su departamento siguen fieles a su querido, obsoleto y mantenible **COBOL**, hoy decano de los lenguajes de programación, un muerto que se obstina en respirar a pleno pulmón y dar trabajo a miles de desarrolladores.

Otra que tal: Cuando Niklaus Wirth, creador de **Pascal**, ya llevaba años intentando promocionar a **Modula-2**, lenguaje con el que pretendía superar las limitaciones de su predecesor, en mi Facultad la asignatura de programación se seguía impartiendo con **Pascal**, eso sí, con una metodología orientada a objetos, porque hay que estar en cabeza de la tecnología y tal. Ahora que Wirth lleva otros tantos años suplicando que inviten a las fiestas de sociedad a **Oberon**, el fruto definitivo de sus reflexiones y elegante lenguaje orientado a objetos, en mi Facultad se han puesto a cantar las excelencias de **Modula-2**. Fuera de las universidades es aún más divertido: lo único que vende un poco es **Pascal**, y en orientación a objetos, **Pascal With Objects**, una especie de extrapolación apócrifa de **C++** con la que Wirth no quiere tener nada que ver. Me parece oírle gritando: "¡Pascal por aquí, Pascal por allá, siempre Pascal! Que me dejéis en paz al Pascal, jolín, que tengo yo un lenguaje nuevo que resuelve de una vez por todas las... Pero bueno, ¿me está alguien escuchando o qué?"

Está claro que unos lenguajes tienen éxito y otros no. Lo curioso es que, a menudo, esto ocurra en contradicción abierta con las capacidades o carencias del lenguaje en relación con sus competidores. A veces, incluso en contra de los deseos de quienes los concibieron.

Ahora que, si uno lo piensa bien, este fenómeno no tiene nada de exclusivo. Parece que la permanencia en el candelero de un sistema, una teoría, un producto, lo que sea, se consigue sólo cuando llega en el momento adecuado, gusta a un sector clave del público, y recibe los apoyos adecuados de gente con poder y/o mano izquierda. Si falla alguna de estas premisas, no hay nada que hacer. Y si no, que se lo pregunten a los inventores del sistema Betamax, a quienes les faltó la mano izquierda mercantil que demostraron los defensores de su rival VHS para llevarse el gato al agua con un sistema más aparatoso y más imperfecto. O a los fundadores de la Comuna de París, a quienes no habría venido nada mal la clase de obstinado apoyo oficial que aún sigue recibiendo el plúmbeo lenguaje **ADA** en los EE.UU. O a Van Gogh, que no se llevó ni un duro de *royalties* por sacar su API de gráficos antes de tiempo; y es que, como dijo Confucio, "tener razón demasiado pronto es como no tener razón". O al creador de **FORTH**, que puso en su lenguaje toneladas de simplicidad y elegancia, pero desde luego omitió darle ese toque de encanto marujil y populista que ha conducido a un engendro llamado **BASIC** al Olimpo de la programación.

En fin, que las reglas del éxito son demasiado caprichosas. Al final, lo único que le puede ayudar a uno es tener potra o buscarse un mecenas con posibles. De la excelencia técnica mejor olvidarse, ése no parece ser un factor. Ah, y si algún día le presentan en un cóctel a Niklaus Wirth, ni se le ocurra decir: "Encantado de conocer al genial creador de **Pascal**". Sería como preguntarle a Isabel Preysler por Julio Iglesias.